

Ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de sus vecinos, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella, si dá lugar á que se haga uso de ella, será inevitable su destruccion total.

El Sr. Mariscal Mortier y yo creemos que Vds tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, seria el camino para grangearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vmds. Procuren Vds. atraer á sus Ciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vds. todo quanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion y con las facultades que me ha dado S. M. el Emperador. Yo envio á Vds. este despacho con un Parlamentario: y les propongo que nombren Comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto.

Quedo de Vds &c. = Moncey.

RESPUESTA DEL GENERAL PALAFOX.

El General en Gefe del Ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa Ciudad no sabe rendirse. El Sr. Mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la Peninsula, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batiarse, no conocen mas premio que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios.

S. E. el Mariscal Moncey se llenará de gloria si observando las nobles leyes de la guerra, me bate: no será menor la mia si me defiende. Lo que digo á V. E. es, que mi tropa se batirá con honor, y desconozco los medios de la opresion que aborrecieron los antiguos Mariscales de Francia.